

MENSAJE A LAS FAMILIAS

LA SOLIDARIDAD EN LA FAMILIA

«Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis»
(Mt. 25, 40)

Por ANA MARÍA BALDRICH y RUBÉN GRAVIÉ
Presidentes del MFC

La familia, nacida de la íntima comunión de vida y amor conyugal, fundada sobre el matrimonio de un hombre y una mujer, es el lugar primario de las relaciones interpersonales, el fundamento de la vida de las personas y el prototipo de toda organización social. La familia es la comunidad natural donde se tiene la primera experiencia y el primer aprendizaje de la sociabilidad humana, pues en ella no sólo se descubre la relación personal entre el «yo» y el «tú», sino que se da el paso al «nosotros».

La familia que logra que sus miembros sientan y practiquen la responsabilidad de unos por otros en la convivencia diaria, que unos a otros se ayuden, hace ver la responsabilidad no como una carga, sino como una entrega gustosa en beneficio de nuestros seres más queridos; y ayuda a que las personas desarrollen valores fundamentales que contribuyen a crear una sociedad más fraterna, justa y solidaria. Mediante el ejemplo de los padres, se educa a los hijos; y se desarrolla una especial sensibilidad, que impulsa a la ayuda de los propios familiares o parientes más débiles o vulnerables; por ejemplo, con los abuelos y ancianos. Los hace descubrir que ellos no son inútiles o gravosos porque necesitan la atención, cuidados desinteresados y constante de los hijos y nietos; pues enseña a las nuevas generaciones que, además de los valores económicos y funcionales, hay otros bienes humanos, culturales, morales y sociales, que son incluso superiores. Enseñar a nuestros hijos a ser solidarios es capacitarlos para la alegría, la paz, la verdadera libertad, y para el amor a todos los hombres; pero especialmente a los más necesitados.

La solidaridad, como dice san Juan Pablo II, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común. No es un sentimiento superficial por los males de tantas personas cercanas o lejanas, sino una actitud definida y clara de procurar el bien de todos y de cada uno.

El medio que tenemos a nuestro alcance de educar a nuestros hijos para la solidaridad es predicar con nuestro ejemplo constante, para lo que necesitamos, en primer lugar, de la fe en el Dios de la Providencia, la confianza arraigada en el Dios que nos acompaña y, junto con ello la conversión, la lucha con la ayuda de Su Gracia, contra nuestro egoísmo, que se disfraza de mil excusas para no abrirnos al otro y compartir lo poco o mucho que tenemos, sin otro objetivo que satisfacer, o al menos remediar, la necesidad de nuestro prójimo, buscando su bienestar. No olvidemos que la principal y más importante ayuda al necesitado, al que sufre, no es necesariamente la material, por lo general, el acompañamiento amable, la ternura, la empatía, la escucha, la cercanía, la disponibilidad, logra, a veces, mucho más que la ayuda

material que, a veces, puede lastimar la dignidad del que la recibe.

Este testimonio de los padres debe ir acompañado de la valoración y reforzamiento, desde la infancia, de las conductas de hermandad, comprensión, amabilidad, disponibilidad, ayuda a los demás, entre otras. Demostrémosle nuestra alegría y entusiasmo cuando sean capaces de mostrar actitudes solidarias con los demás.

Es en el ejercicio de ayuda filial a nuestros semejantes, primero en el seno de nuestra propia familia, después en los círculos más cercanos, en el cual se desenvuelve cotidianamente nuestra vida; y, por último, a todo aquél que lo necesite, donde nuestros hijos aprenden de manera natural a valorar, socorrer la necesidad del otro, a ser verdaderamente solidarios, con lo que ponemos las bases para el mejoramiento de nosotros mismos y de la sociedad.

La Iglesia Católica, siguiendo las enseñanzas de su divino Maestro y Pastor, desde las primeras comunidades cristianas, ha privilegiado la opción preferencial por los pobres.

El Santo Padre Francisco en su última Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, en su número 2, nos dice: «El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corremos ese riesgo, cierto y permanente... esa no es la opción de una vida digna y plena, ese no es el deseo de Dios para nosotros, esa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo Resucitado».

Nosotros los cubanos, aunque por naturaleza solidaria, también corremos el riesgo de ser consumistas por defecto; y estamos expuestos al mismo peligro del que nos alerta el Santo Padre. Lamentablemente, los que sufren material o espiritualmente son muchos más de los que pensamos: los presos y sus familias, los adultos mayores, los enfermos, entre otros.

Pidámosle al Dios, que ama especialmente a los sencillos y humildes, nos conceda la gracia de ser misericordiosos, compasivos, atentos al otro, dispuestos a compartir sus tristezas, sus alegrías y sus dificultades; a ser coherentes discípulos de nuestro divino Maestro, para que nuestras vidas muestren con obras concretas que Dios es el que conocemos, a quién hemos entregado nuestros esfuerzos, en qué Dios confiamos y a quién servimos.

Que así sea.